

XAVIER VILLAURRUTIA... Y MI VOZ QUE MADURA  
Roxana Elvridge-Thomas

Toda obra artística encarna un acto de creación -de poiesis- y toda creación humana está inserta en el juego. Crear, escribir, es adentrarse en un inmenso juego de combinaciones que transforma el lenguaje, que transforma al ejecutante mismo al adentrarse en él.

El sentido lúdico del trabajo creativo no es de ninguna manera algo vano e inconsistente, el juego es una de las cosas más serias que hay. Para comprobarlo sólo necesitamos observar a un niño extraviado entre los pliegues de su juego, a los jugadores de ajedrez, a los fanáticos del fútbol, a los jugadores compulsivos. A todos ellos se les va la vida en su juego. Su pasión por él los lleva a renunciar a sus voluntades. Porque lo principal no es el jugador, ni el hecho de ganar o perder, si se da el caso, sino el juego mismo. Y en el instante en que el jugador lo comprende, sucede algo, el jugador se transforma y la realidad también.

Aquí podemos enlazar la capacidad transformadora de la creación, y en particular de la escritura, con los efectos que produce el juego. Ambos crean una nueva realidad y nos hacen vivirla plenamente. Decía Paul Valéry que *para un poeta no se trata nunca de decir llueve, sino de crear la lluvia*.<sup>1</sup> Gracias a que el poeta, o el artista de cualquier disciplina, se adentra en su juego creador, logra hacer llover. El escritor entonces, mediante la palabra, hace suceder, como los magos, a los antiguos sacerdotes, o en las representaciones teatrales.

En el presente libro, el lector entrará a formar parte del juego triple que se establece entre él mismo, Xavier Villaurrutia y los jóvenes escritores que accedieron a indagar por la geografía de la palabra de este escritor mexicano, proponiendo diversos caminos para jugar el juego del ensayo, ese paseo entre los pliegues del objeto elegido por el puro placer de sentir, rozar sus plantas en las sinuosidades del camino elegido.

Las disciplinas artísticas son, ya lo dijimos, como la magia: artes combinatorias que hacen suceder. Por lo tanto, al seguir sus reglas, se hace presente el hecho mítico, la epifanía. Y los fines son también muy similares. Todas estas disciplinas buscan multiplicar los sentidos, superarlos, tocar de cerca los velos del misterio que impregna el mundo y transformar lo cotidiano en asombroso. La literatura, la poesía, los descubren, por un fulgurante instante, la otra cara de la realidad que es inaprensible pero que sin embargo seduce y eleva al ser humano que la palpa.

Por lo tanto, es una forma de conocimiento: profundizamos en nosotros mismos, en el lenguaje. Y también es aquello que nos devela por un momento el mundo como realmente es -o como debería ser.

Es esta la función que tenía para nuestros ancestros -y para nosotros mismos, en algún rincón de nuestro inconsciente colectivo- el mito. El mito trasciende la realidad, abole la temporalidad, lleva a quienes participan de él al tiempo inicial de la creación, en el cual el hombre vivía en armonía con el universo, con los dioses, con él mismo.

A través del rito, se actualiza el mito. El rito es la fiesta, ese juego trascendente de que hablaba más arriba, en el cual quienes participan de él son seres colmados de vida al haber salido de sí para entrar en esa espacio-temporalidad que los hace tocar los pliegues del misterio, ser un suma como los dioses; creadores, artistas.

Una de las características fundamentales de todo rito es el ritmo. Ritmo que invoca y evoca las sensaciones, los sentimientos, las pasiones del ser humano, logrando para ellos un espacio nuevo, creado en el perfil del instante, borrando todo aquello que no sea un encantamiento rítmico de los sentidos y del alma humana.

El rito es también un creador de imágenes, de sueños, de referentes para la memoria, de seres inasibles que sin embargo marcan de manera indeleble a quien es partícipe de ellos.

La imagen poética, según fuera definida por Pierre Reverdy muy a principios del siglo veinte, esa que nace de la asociación inesperada de dos objetos lejanos, continua siendo una fórmula con posibilidades extraordinarias, sugerentes, excitantes.

Vemos a Xavier Villaurrutia como un habitante de los parajes del ritmo y de la imagen, tanto en su poesía como en el teatro, en las prosas y en la crítica que escribió. Consciente del poder seductor de la palabra y de sus ritmos, de la palabra y de las imágenes que con ésta pueden construirse.

Es esa palabra sugerente, en las distintas vías que desplegó su facultad de cautivar, el centro del juego rítmico y ritual para cercar a la presa que entraña el trabajo ensayístico y crítico de Cuitláhuac Quiroga, Alejandro Fuentes, Epigmenio León, Elvia Navarro, Lourdes Rangel, Donají Cuéllar, Hernán Bravo Varela y Noé Carrillo, quienes construyeron el presente libro alternando ritmos, imágenes y sentidos abiertos hacia su presa.

La presa de estos ocho cazadores es la voz de Xavier Villaurrutia, llaga y cauterio de infinitas vetas, palabra que deviene en enigma, en certeza, en ser vivo que, mediante el ejercicio combinatorio, transforma lo cotidiano en misterioso, las acciones triviales en hechos trascendentes.

Atisban a esa multiforme bestia que es la obra de Villaurrutia y nos presentan las redes que lanzan para interpretar ese miembro que han lazado, ese gesto por un instante entumecido, antes de volver a fugarse y reiniciar, con ellos o con otros, el juego entre los destellos del bosque.

Nos muestra en su carrera al sonido -delator de vida-, que al ser seducido por las artes de Xavier, se transforma en un ser elocuente, incitante a base de alteraciones que nos llevan a un mundo onírico, encantados como serpientes por la dulzaina gracias a la repetición rítmica de fonemas elegidos con ese fin fascinador de los sentidos. Entra así la sinestesia como otro elemento al juego constructivo que nos ocupa, cuando el poeta dota a las palabras de nuevos sentidos, después de escarbar en ellas y erige, con sus hallazgos, una ciudad de estructuras con variados perfiles que resaltan su amor por las formas, su demorado deleite de ellas, su lento acariciar las palabras: ladrillos que conforman plazas, calles y puentes, cuerpos que pueblan, transitan, huelen, saben, se palpan, se presienten y perciben, que se dibujan gracias al dominio de la técnica ejercida por nuestro poeta.

Y esa fascinación por la forma, esa pasión artística de Villaurrutia, lo llevó a incursionar en diversas disciplinas. Se adentró en ellas con ímpetu y profundidad, hecho que nos lo presenta como un ser humano que ve a las artes como un todo orgánico del cual se nutre y al que alimenta desde sus distintos flancos.

Villaurrutia incursionó en la poesía creando uno de los edificios poéticos más deslumbrantes del muy recién pasado siglo; pero también lo hizo en la prosa, dejando intensos testimonios; en el teatro, donde se incorporó desde la dramaturgia, la dirección y la actuación; en la edición, publicando dos de las revistas claves de la primera mitad del siglo veinte; en la crítica literaria, donde compartió con sus lectores el asombro ante la escritura de autores nacionales y extranjeros, abriendo el abanico de posibilidades de lectura e interpretación de los mismos; y en la crítica de artes plásticas, donde se explicó y nos explicó el quehacer de varios de los artistas plásticos más trascendentes de su época.

Vemos, entonces, que se trata de un ser humano inquieto, que asume las artes de manera total y que transmite a las generaciones que lo siguen un ejemplo de interdisciplinariedad y de entrega.

Ese afán crítico por comprender al otro mediante su obra, y por comprenderse a sí mismo en la reflexión sobre la obra del otro, se multiplica en los ochos ensayos que componen el presente libro. Aquí, la palabra de Xavier Villaurrutia reverbera en los atisbos que nuestros jóvenes escritores lanzan hacia ella, y refleja en el juego de un espejo frente al otro, mostrando aristas que sólo en la observación del eco múltiple que conforman esta serie de atisbos nos es permitido acercarnos un poco más a la comprensión de ese bello y efímero animal que es la obra del otro, la cual somos nosotros mismos reflejados -también- en este juego de formas, sonidos y sentidos.

La cultura artística y literaria de Xavier Villaurrutia era vasta y rica, y le proporcionó una agudeza de observación extraordinaria. Conocía perfectamente su tradición, la que, como poeta crítico que era, se había labrado. Por ello, supo ubicar su obra en esa tradición.

Ahora es él mismo parte de la tradición de las jóvenes generaciones de escritores, quienes lo incorporan gozosos en el equipaje literario que a ellos les toca formar. Allí insertarán ellos, a su vez, su propia obra, que será entonces parte de los baúles de futuros viajeros y que irá “escondida en un hueco de mi ropa en la maleta, / en el bolsillo de uno de mis trajes, / entre las páginas de un libro / como la señal que ya no me recuerda nada”.<sup>3</sup> Sin embargo seguirá viva esta tradición que, asimilada, palpitará en las subsecuentes generaciones, quienes tal vez experimentarán, como Villaurrutia:

Y al oprimir la pluma,  
algo como la sangre late y circula en ella  
y siento que las letras desiguales  
que escribo ahora,  
más pequeñas, más trémulas, más débiles,  
ya no son de mi mano solamente.<sup>4</sup>

1 Paul Valery, *Notas sobre poesía*, selección, traducción y prólogo de Hugo Gola, México, 1995, p. 67.

2 Xavier Villaurrutia, *Obras*. México, 1991, p. 47.

3 *Ibid.*, p. 54.

4 *Ibid.*, p.55

Este es un texto tomado del libro: *“Xavier Villaurrutia: ... y mi voz que madura”*, de Elvridge-Thomas, Roxana (compiladora), edit CNCA, colección Fondo editorial Tierra Adentro núm. 265, México, 2003.